

# vivir en el DESIERTO

Arnoldo Olivier

Desde tiempos prehistóricos el hombre ha descubierto algún modo de vivir en tierras desérticas. Ninguna comunidad se ha adaptado jamás en forma fisiológica absoluta a ese ambiente. Sin embargo, diferentes grupos humanos están bien representados entre los núcleos de persistentes moradores de desiertos. Desde hace muchos siglos la gente de color ha subsistido en todos los desiertos africanos, los caucásicos o europeos en África y el Medio Oriente; mongólicos en Asia y parte del continente americano y australoides en los monótonos desiertos del continente de Australia.

La más notable diferencia en sus técnicas de adaptación al calor no es física, sino cultural: la presencia o ausencia de ropa. Los bosquimanos del África y los aborígenes de Australia encaran el sol desnudos o con pequeños trozos de tela o cuero con simples adornos. La mayoría de las tribus desérticas del Sahara, Arabia y Asia usan ropa voluminosa, para resguardar el cuerpo del calor y del frío y reducir la evaporación cutánea. Ambos recursos –desnudarse por completo o arroparse mucho– sirven bien a quienes los utilizan en su propio medio.





La piel muy pigmentada ofrece cierta protección al hombre contra los rayos ultravioletas solares y en este respecto las gentes de color están en mejores condiciones que los caucásicos de cutis claro, aunque entre tribus del desierto se ven muchos caucásicos de piel oscura. El hombre blanco expuesto a quemarse con el sol está en desventaja porque la quema destruye el funcionamiento de las glándulas sudoríparas. Si se broncea y procura no exponerse mucho, puede vivir con alguna comodidad en esas tierras.

El organismo realiza efectivamente algunos ligeros ajustes fisiológicos conforme se aclimata al desierto. Las glándulas sudoríparas aumentan paulatinamente su producción (más o menos de un litro por hora), y llegan a responder más rápidamente al estímulo del calor. Modificaciones funcionales tanto en dichas glándulas como en los riñones hacen disminuir la producción en que se pierde la sal del cuerpo. Aumenta la circulación de la sangre en los vasos capilares subcutáneos, lo cual ayuda a disipar el calor de la piel por simple convección.

Las más primitivas tribus del desierto –y probablemente tan primitivas como los de cualquier otra parte del mundo– son la de los bosquimanos, en la región del desierto Kalahari-Namib, en África y los bindibúes, en Australia central. Estos grupos jamás se han alejado mucho de la era Paleolítica. Los segundos nunca habían sido vistos por occidentales sino hasta el año 1957.

De todos los desiertos, el Sahara contiene la más compleja variedad de civilizaciones y la más copiosa colección –desde el Atlántico hasta el Mar Rojo– de vestigios de culturas que se extinguieron por causas naturales. El significado árabe del nombre del desierto es "marrón y vacío", pero ese lugar no siempre fue así. El clima del Sahara tal vez ha cambiado no una sino numerosas veces en recientes períodos geológicos. Entre los años 60 000 y 6000 a.C. fue húmedo; muchos de los lechos de los ríos actualmente secos se encontraban llenos, y algunas de las vastas planicies, ahora yermas, estaban pobladas de bosques y una gran variedad de seres vivientes.

Al desaparecer en Europa los glaciares de 1,600 m de espesor de la última edad glacial, las lluvias disminuyeron en el Sahara y éste comenzó a secarse. Conforme los bosques desaparecieron, los animales se alejaron, seguidos por los prehistóricos trogloditas que habían vivido ahí durante muchos milenarios. Al retirarse, dejaron desperdicios y armas de pedernal rotas. Pero casi hasta los comienzos de la era cristiana,

algunas tribus neolíticas –las de los primeros pastores y agricultores del mundo– intentaron en vano detener la marcha del desierto. Perdida la batalla, huyeron hacia la costa del norte y las orillas del Nilo, el Niger y el Chari.

Un lugar favorito de paso y de resistencia en el Sahara, antes del éxodo, fue la planicie de piedra caliza llamada Tassili-n-Ajjer en el sur de Argelia, a medio camino entre Egipto y la costa occidental. La roca está aquí profundamente cortada por gargantas y cañones en cuyas escarpas se ven muchas cuevas y profundos refugios. En los muros rocosos del Wadi Jerat existen cientos de pinturas y grabados en los cuales se refleja la vida de una sucesión de tribus que ocuparon la planicie desde aproximadamente el año 8000 a.C., hasta casi la era cristiana. Ésta es una de las más ricas galerías de arte antiguo que existe en el Sahara.

Las obras más primitivas fueron ejecutadas por pueblos negroides que dibujaron estiradas figuras humanas y los animales que cazaban: búfalos, elefantes, leones y antílopes. A medida que nuevas tribus se establecían, las pinturas se hicieron más complejas, presentando complicadas danzas y raros rituales. Unos 4.000 años a.C. pastores "bovidianos", no negroides, emigraron a Tassili quizás desde el alto Nilo. Imágenes de toros de largos cuernos y pastores, grabadas en la roca y luego pintadas en magníficos colores, revelan que esta parte del Sahara fue una fértil área de pastoreo. Pinturas posteriores muestran carros militares de dos ruedas, botes del Nilo, camellos y guerreros barbudos con escudos y espadas: prueba de que las tribus de la planicie conocían a lo egipcios. Hace 2.000 años aproximadamente partieron las últimas tribus de la seca y agotada zona. El Wadi Jerat quedó despoblado y ahora sólo lo visitan algunos nómadas. Es un lugar desolador, sin agua, accesible solamente a través de un paso montañoso ubicado casi a 2.500 m de altura.

Mucho antes que el último artista retocara con colores rojizos las pinturas del Wadi Jerat, el Sahara en general se había vuelto casi tan hostil al hombre como lo vemos hoy. Los egipcios, cuyo imperio en el desierto del este de África dependió por 3.000 años del generoso Nilo, no sintieron la más mínima curiosidad con respecto al interminable "océano de fuego" del oeste. Para Heródoto, que escribió de acuerdo con lo que había oído en el siglo v a.C., éste era un país "sin fuentes, sin animales, sin lluvias, sin madera y completamente desprovisto de humedad". Los cartagineses penetraron hasta



el sur de la cordillera Atlas, para aumentar el rebaño de sus elefantes salvajes. Excepto por una circunstancia, el desierto pudo haber sido un territorio escasamente poblado por tribus negras procedentes del sur. Lo que impidió tal cosa fue el camello, llevado a Egipto por los persas en el 525 a.C. Éste desempeñó un papel poco importante en la vida del desierto hasta que los romanos comenzaron a explotarlo siglos después, durante la fase final de su imperio. El camello fue el animal que más tarde abrió las inmensas puertas del Sahara a los conquistadores y las tribus nómadas blancas: bereberes y, a su tiempo, árabes y moros.

Todos los pueblos del Sahara –extraña y compleja variedad– recuerdan que el desierto fue su dominio privado, ardiente y a veces ensangrentado por sus propios conflictos, pero afortunadamente fuera de la vista y del pensamiento del resto del mundo. Ahora saben que todo ha cambiado: su desierto se ha visto envuelto de pronto por la corriente mayor de los acontecimientos humanos, ha adquirido una súbita importancia estratégica, política e industrial, y ha sido invadido por hombres, máquinas y conflictos del mundo moderno. Los pueblos del desierto sobrevivieron al incesante e implacable aco-

so del sol; pero serán todavía más afortunados si logran sobrevivir al tremendo impacto tecnológico y político del siglo XX.

En este número de *Elementos* presentamos el testimonio de distintas experiencias que dan cuenta, con diferentes miradas, de las difíciles condiciones de vida a las que deben enfrentarse muchas comunidades del desierto.

Nadia Tazi nos ofrece un reportaje sobre uno de los grandes exploradores vivos de nuestro siglo, sir Wilfred Thesiger, quien ha escrito admirables relatos de sus viajes, considerados hoy como clásicos, tales como *Arabian Sands*, *The Marsh Arabs*, *The Life of my Choice*.

Claudia Adeath y Cristina Pineda presentan un fotorreportaje sobre una comunidad del Sahara occidental conocida como saharauis, y Ricardo María Garibay una serie de imágenes sobre los konkaac, también conocidos como seris, quienes habitan la parte media costera del estado de Sonora. Reproducimos también algunos de los bocetos de viaje que el octogenario pintor de origen alemán, Emil Schumacher, realizara entre 1965 y 1988, en Irán, Irak y Assur. Complementa esta propuesta de la revista un ensayo antropológico de Julio Glocner sobre los indios seris.

